



CAPÍTULO IX

**De los honores tributados á la santidad del Párroco de Ars,
y de algunas visitas célebres que recibió.**

No sabemos si hay algún hombre en nuestro siglo que haya alcanzado una celebridad tan popular y universal como el Párroco de Ars. Y cuando se considera que ese hombre no ha tenido más título, para ser admirado de los contemporáneos, que su eminente piedad; que en él ninguna otra aureola había más que la de su virtud, y que aun ésta, para imponerse al mundo, ha debido triunfar de aquella sencillez que llamaba él su ignorancia, la admiración sube de punto. Antes de haber recibido la consagración que dan los milagros, profecías y otras cualidades infusas, podía, en efecto, parecer excesiva la celebridad del Párroco de Ars, y proporcionarle muchos disgustos; mas, aun reconocido ese prodigio, renovado desde las más gloriosas épocas del Cristianismo, cuando tan de cerca se han visto las precauciones que el Párroco de Ars tomaba incesantemente para evitar toda manifestación de honor en su favor, y cuando nos consta el tormento que causaba á su modestia toda señal de respeto demasiado

directo y demostrativo, el hecho de esa celebridad tan extraordinaria es cosa verdaderamente prodigiosa. Esto prueba que el sentido moral de los pueblos no es tan escaso como parece, y que tal vez bastaría la presencia de algunos Santos en esta sociedad decrepita para renovar en ella la fe que salva al mundo.

Los extranjeros que venían á Ars, cuando el Párroco vivía, cualquiera que fuesen su creencia y convicciones y la categoría social á que perteneciesen, todos recibían la misma impresión; todos contemplaban, si no con los ojos de la fe (porque muchos no la tenían), al menos con el respeto que inspira una incontestable superioridad moral, los combates de ese heroico atleta de la penitencia y de la caridad apostólica. Difícil era no recibir extrañas impresiones asistiendo á un lugar donde se hallaba reunido lo maravilloso, lo poético, lo común, lo sublime, y, para decirlo todo de una vez, la grandeza épica de una raza de hombres olvidados ya, sencillos como los niños y esforzados como los gigantes. Cuanto más elevada era la inteligencia de los espectadores, mayor y más notable era el efecto producido por semejante espectáculo.

Un poeta célebre quiso conocer al Párroco de Ars, y, no pudiendo dominar su emoción después de haberle visto y oído, se olvidó de sí mismo hasta el extremo de exclamar en su presencia: «Jamás he contemplado á Dios tan de cerca.—Es verdad, amigo »mío, replicó el santo Párroco, mostrándole el Santísimo Sacramento expuesto sobre el altar; Dios no »está lejos: ahí le tenemos, en el santuario de su »amor.» Como el poeta acentuaba más y más su pri-

mera exclamación con frases sumamente laudables, el Párroco le cogió las manos, é interrumpiéndole nuevamente, le dijo: «Amigo mío, me gustan estas palabras de San Juan: «Si se nos conociese, se diría de nosotros mucho menos bien, y mucho mal.» Al retirarse Jazmín, después de haber recibido la bendición del Párroco de Ars, decía: «¡Qué tipo de santidad! ¡Ese hombre es más grande que su nombre! ¡Jamás olvidaré su cabeza, ceñida ya con la aureola de los bienaventurados! ¡Qué mirada de fuego! ¡Qué sencillez de niño!»

Marceau, el marinero misionero, llegó á Ars al volver de su último viaje á las islas del Archipiélago de la Oceanía. Preguntósele qué juicio había formado del venerable Párroco, y si había hallado en él ciencia. «Ciencia humana no, contestó; pero ciencia divina, ¡oh, sí! El prodigio que más me ha sorprendido, es que he visto en el Párroco de Ars un niño, como los quería Nuestro Señor. Es uno de los más perfectos modelos de la infancia cristiana; por eso está Dios con él.»

No nos detendremos á referir las demostraciones de confianza y los testimonios de veneración y respeto que el venerable Párroco recibió en el curso de su apostolado. Ya hemos dicho, y todo el mundo sabe, que Ars ha sido por espacio de treinta años un centro tan concurrido de visitas, peticiones, oraciones y consultas, que la gloria de las más antiguas peregrinaciones ha sido allí por algún tiempo eclipsada. La lista de los hombres eminentes, magistrados, militares, literatos, religiosos, sacerdotes y Obispos que allí han concurrido, es infinita. Hemos tenido la curiosidad de recorrer cierto día algunas páginas de un

registro de fonda, y hemos hallado en él los nombres más ilustres de Francia, de Bélgica, de Inglaterra; notabilidades de Londres, de Dublín, de Edimburgo, de Bruselas, de Colonia, de Munich; viajeros venidos de las riberas del Mississipi, del Ohío y del Plata.

Entre los príncipes de la Iglesia cuya presencia en Ars ha sido un homenaje tributado al humilde sacerdote por lo que hay más elevado en la jerarquía sagrada, podemos citar á los ilustrísimos señores de Lyon, de Aix, de Meaux, de Autun, de Valence, de los Países Bajos, de Birmingham; Monseñor de Bresillac, Monseñor Guillemín, Monseñor Bataillon, etc. Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans, hizo muchos viajes á Ars para edificarse; se confesó con el señor Párroco, y confió á los amigos que el buen Vianney había calmado los temores que tenía por la responsabilidad de su cargo pastoral, diciéndole: «Monseñor, hay muchos Obispos en el Martirologio; ¡pero Párrocos!... casi ninguno. Yo, Monseñor, ¡yo soy quien debo temblar!...»

Monseñor Lyonnet, pasando á tomar posesión del obispado de Valence, fué á Ars para pedir la bendición al siervo de Dios. El venerable Párroco no podía soportar el ver á un Obispo arrodillado á sus pies; y como Su Ilustrísima insistiese, consintió en dar la bendición; pero cayendo arrodillado á su vez, dijo: «Monseñor, esta bendición va á recaer sobre mí.»

El día 3 de Mayo de 1845 había terminado el Párroco de Ars el ejercicio del Mes de María: la multitud de peregrinos estaba detenida alrededor de la iglesia, esperando que saliese el siervo de Dios, cuando se vió llegar en modesto coche un sacerdote, vestido con traje negro. Mas bien pronto se notó que el

desconocido viajero vestía también de blanco, y que era el Rdo. P. Lacordaire, según se decía. Era él, en efecto, y al día siguiente pudieron los habitantes de Ars contemplar al ilustre dominico, escuchando con humilde recogimiento y respetuosa atención la plática de su Párroco. El genio se humillaba ante la santidad, que se le presentaba bajo su forma más sencilla. El venerable Párroco, conmovido con este motivo, dijo á su amigo: «¿Sabéis la reflexión que me ha ocurrido durante la visita del Rdo. P. Lacordaire? »Lo que hay más grande en la ciencia ha venido á humillarse ante el más pequeño entre los ignorantes... Los dos extremos se han juntado.»

El Rdo. P. Lacordaire quedó edificado de la fervorosa exhortación, en la que había oído al hombre de Dios excitar á sus parroquianos á que invocasen el Espíritu Santo para que derramase sobre ellos la plenitud de sus dones. Decía el ilustre hijo de Santo Domingo que si él debiera tratar el mismo asunto, no lo haría en los mismos términos, pero sí bajo la misma inspiración. «Este santo sacerdote y yo—añadía—no hablamos el mismo lenguaje; pero debo declarar que, aunque no hablamos lo mismo, sentimos lo mismo.»

El célebre orador había oído al santo, pero el santo no había oído al elocuente religioso, y lo deseaba; anunció que por la tarde ocuparía el púlpito quien hablaría mucho mejor que él. El Rdo. Padre Lacordaire estuvo indeciso, y no consintió sino cuando vió claro que acceder á los deseos del Párroco era darle una prueba de respeto y sumisión; pero se quejaba de verse precisado á hablar, en lugar de escuchar. «Yo he venido—decía—para recibir consejos y edificar-

me.» Se arrodilló á los pies del siervo de Dios con profunda humildad, y ocupó la cátedra del Espíritu Santo, intimamente convencido de que cada uno de los parroquianos tendría gran satisfacción en la gloria que recayese sobre su santo Párroco.

Cuando el venerable P. Muard, fundador de los benedictinos de la *Pierre-qui-vive*, llegó á Ars, su alma se inclinó totalmente hacia la del buen Párroco. Los grandes siervos de Dios jamás se encuentran sin unirse estrechamente. Están dotados de particular instinto para reconocerse, y de un atractivo recíproco para comunicarse sus pensamientos.

El misionero de Ars, encargado de la Misa de las cinco de la mañana, halló un día arrodillado en el reclinatorio de la sacristía á un venerable sacerdote que cubría con las manos su rostro, bañado en lágrimas. La majestuosa figura, llena de inteligencia y penetración, y adornada con la aureola de su blanca cabellera, le hacía muy respetable. Levantóse al aproximarse el misionero, le abrazó con tierna efusión, y exclamó: «¡Dios mío, qué hombre tenéis aquí! »¿Es posible que haya yo llegado á mi vejez sin venir á verle? ¡Oh, yo volveré, sí, volveré!» Y el abate Combalot—este era el nombre del respetable sacerdote—no se cansaba de oír las maravillas de Ars; hacía que le repitiesen las mismas palabras del siervo de Dios, y en ellas reconocía el espíritu de los Santos. Su inmensa memoria, llena de las obras de San Bernardo y San Buenaventura, hacía felices comparaciones y descubría interesantes armonías entre el lenguaje de esos grandes místicos y el del Párroco de Ars.

Los púlpitos de París y de provincias sirvieron

muchas veces para hacer el panegirico del siervo de Dios, y más conocido su nombre. Algunos años antes de la muerte del santo Párroco, predicando en San Sulpicio el Rdo. P. Petetot el panegirico de San Carlos, y hablando de la gloria de los Santos y de las maravillas que obra Dios por su ministerio cuando se entregan á Él sin reserva, súbitamente y con voz conmovida dijo: «Yo he visto un santo, le he oído exhortar á la multitud, y toda su elocuencia consistía en decir: ¡Hijos míos, amad mucho á Dios!... ¡Oh, es tan bueno! Amadle mucho.» Luego, dirigiéndose á los seminaristas colocados frente al púlpito, el respetable orador añadió: «Pues bien, señores: el santo que he tenido la dicha de conocer convierte más almas con esas sencillas palabras, que todos nosotros con nuestros bellos discursos.»

Si no temiéramos hacernos pesados, narraríamos con gusto muchísimas otras escenas interesantes, ocurridas en Ars. Nos limitaremos á decir que los padres llevaban allí á sus hijos, los esposos cristianos á sus esposas, los directores de colegios á sus discípulos, los Superiores de Comunidades á sus religiosos y novicios, y las Conferencias de San Vicente de Paul hacían á Ars centro de sus peregrinaciones.

Este sería el momento oportuno para extendernos sobre las magníficas manifestaciones de que era objeto el siervo de Dios cuando daba un paso fuera de su confesonario, ó salía de la iglesia; pero diremos únicamente que estas escenas eran uno de los mejores puntos de vista del bellissimo cuadro que se contemplaba en Ars. Conocemos un General que había acompañado al Prefecto del departamento, al visitar á la familia de los Garets. Era un domingo, y los hués-

pedes del castillo asistieron á los ejercicios religiosos del día. Lo que hasta entonces había observado el viejo militar, no le había llamado la atención: el Catecismo del señor Párroco le había dejado frío y distraído; mas cuando, al salir de la iglesia, fué testigo de tantas demostraciones de veneración y respeto, que cual súbita explosión de aplausos se hicieron al pasar el señor Párroco; cuando vió aquella multitud anhelosa, tantos brazos extendidos, tantas frentes inclinadas, tantas miradas suplicantes, y que el santo anciano dirigía á todos una palabra de consuelo, y sonreía á todos, y á todos bendecía, no pudo reprimir las lágrimas, y quedó tan vivamente impresionado, que por mucho tiempo no sabía hablar de otra cosa.

La ambición de los peregrinos no se limitaba á ver al santo Párroco, hablarle y oír una respuesta á sus consultas: iba mucho más allá: quería poseer un recuerdo de él, un objeto que hubiese bendecido, una estampa por él firmada, ó cualquiera cosa que le hubiese pertenecido. De ahí la costumbre que tenía el siervo de Dios, muy á pesar suyo, y resistiéndose su profunda humildad, de bendecir después de Misa las cruces, medallas y rosarios, y de poner las iniciales de su nombre á las estampas y libros que le presentaban.

Al principio, cuando el Párroco de Ars dejaba en cualquier sitio de la sacristía ó del cementerio su sobrepelliz, cortaban de ella algunos pedazos. Durante las muchas horas que estaba en el confesonario, hacían lo mismo con su sombrero, y dejó por este motivo de usarle en adelante. Muchas veces le cortaban pedazos de su sotana, y aun, durante el Catecismo, algunas mujeres entraban sigilosamente, colocándose

tras de su asiento, y tenían la osadía de cortarle algún mechón de sus cabellos; cuando sentía que le tocaban el pelo, se volvía, diciendo con voz tranquila: «Dejadme en paz.» Disimulaba en estas ocasiones, pero sufría interiormente.

Muchas veces le arrancaban las hojas del Breviario, por lo que tuvo que retirarle de la vista de los peregrinos. Creo inútil hablar de la avidez con que se disputaban la adquisición de las cosas de su uso, ó que había solamente tocado. Los muebles de su pobre habitación han sido vendidos muchas veces. Siempre que se consentía á los peregrinos visitar la casa rectoral, resultaba algún robo ó desperfecto. Se le quitaba la paja de su pobre cama se le mutilaban las sillas, se sacaban astillas de su mesa, se desgarraban sus libros, y se abrían sus cajones para robarle plumas, lapiceros y papel. Los que no lograban participar de estos hurtos, se contentaban con quitar alguna rama de los arbustos que tenía en el patio de su casa: los más discretos cogían una flor pequeña, y se iban contentos.

Los que no podían gozar de la presencia del Párroco de Ars, procuraban hacerse con su retrato. La exhibición continua de ese retrato, puesto á la venta bajo las más variadas y algunas veces hasta ridículas formas, á las puertas de todas las casas del pueblo, martirizaba al buen Párroco y hería su alma en lo más vivo. Este espectáculo debió ser para él al principio un verdadero martirio; pero llegó por fin á habituarse, como á otros mil y mil sufrimientos. Sin embargo, cuando pasaba diariamente de su casa á la iglesia, molestado en todo el trayecto por las ovaciones de la multitud, se notó que bajaba la cabeza y

cerraba los ojos como quien padece. Si por inadvertencia le sucedía encontrarse de frente con algún retrato suyo que pendía de alguna pared, se vengaba de la importuna visión con alguna graciosa salida; «¡Siempre ese repugnante retrato!... ¡Ved cuán desgraciado soy!... ¡Me cuelgan... me venden! ¡Pobre Párroco de Ars!...»

En 1852, un artista de Avignon, admirado del aire de santidad que revelaba el exterior del venerable Párroco, tuvo la feliz ocurrencia de retratarle de memoria, y lo hizo con bastante exactitud. Antes de la notabilísima obra de Cabuchet, fué el mejor retrato que se había hecho. Cuando el Párroco de Ars vió aparecer esta segunda edición de su retrato, dijo con sonrisa irónica: «¡Ay de mí!... A cada instante se nos advierte que valemos muy poco. Cuando se me vendía por dos cuartos, tenía muchos compradores; desde que se me vende por tres francos, no hay quien me compre» (1).

No hablaremos aquí, sino para que conste, de la muceta que recibió de manos de Mons. Chalandon, y de la cruz de honor que le mandó el Emperador, según informe del conde Manuel de Cloëtogon, Prefecto de Eu, á petición del Marqués de Castelnau, Subprefecto de Trevoux. El Párroco no vistió su muceta más que en la ceremonia de recepción, y con esto sufrió más que si le echasen de casa á bastonazos, como merecía, según dijo él años después. En cuanto á la

(1) Del retrato del Párroco de Ars, hecho por el artista de Avignon, se sacó una litografía, que vendían á dos y tres francos. Para manifestar el santo Párroco el desprecio que hacía de su retrato, le llamaba con gracia *su Carnaval*.

cruz de honor, fué preciso hacerle creer eran reliquias, para que la aceptase. Mas cuando abrió la caja y se vió engañado, exclamó: «¡Vaya, vaya! ¡No es esto lo que se me ha dicho!...» Luego, pasándola á su Vicario, le dijo: «Tomad, amigo mío: el Emperador se ha engañado. ¡Ojalá tengáis tanto placer en recibirla como yo en dárosla!»

Antes de terminar este capítulo, vamos á recordar algunos debates singulares, que no parecen propios de nuestra época, y que nos recuerdan los tiempos que siguieron á la muerte de uno de los más grandes Santos de Francia, el admirable San Martín. Tales debates ocurrieron con ocasión de una disposición testamentaria del siervo de Dios. El decaimiento de la fe en nuestras comarcas y en nuestro siglo no impidió á los habitantes de Dardilly ambicionar la posesión del rico tesoro de Ars, y pusieron los medios para asegurar la adquisición de alguna parte. Con este motivo se presentaron al siervo de Dios y le suplicaron hiciese testamento. No se le pedía dinero, porque sabido era que las sumas que recibía de la piedad de los fieles eran en sus manos propiedad de los pobres; se le exigía algo que valía más que el oro y la plata; se le suplicaba dejase sus restos mortales á la parroquia natal. El buen Párroco, que no sabía negar nada, condescendió sencillamente, é hizo su testamento en el sentido que se deseaba. Pronto se publicó el secreto, y tan inesperada noticia produjo grande alarma en Ars y en toda la diócesis de Belley. Las proporciones que tomó el asunto hicieron precisa la intervención del Ilmo. Sr. Obispo, y preguntó al Párroco por qué quería, después de su muerte, dejar la parroquia donde tanto había trabajado, y qué ra-

zón tenía para desear que su cuerpo descansase en Dardilly.

«¡Ay! contestó el buen Párroco: como mi alma esté cerca de Dios, poco importa el lugar que ocupe lo demás.»

Sabido esto, Mons. Chalandon reclamó el disputado tesoro, y el Párroco, mortificado y avergonzado de tales pretensiones, prometió hacer otro testamento. La víspera de su muerte reformó su disposición testamentaria, según se le había manifestado, y dispuso definitivamente de sus restos mortales en favor de la parroquia de Ars. Pero Dardilly no se dió por vencido, y gestionó cuanto pudo para hacer valer su derecho. Por extraño que esto parezca á las costumbres del siglo XIX, las primeras notabilidades del pueblo hicieron una suscripción para defender lo que ellos llamaban sus derechos. Recurrieron á diferentes autoridades, y por algún tiempo creyeron ganar el pleito. Querían, por último, que se les diese una parte del tesoro, que consideraban ya como una santa reliquia, y costó mucho trabajo hacerles entrar en razón. Mientras duró ese debate, la inquietud era extrema en Ars. ¿Se exaltaron las imaginaciones excesivamente? No lo sé; pero se reconoció la necesidad de vigilar de un modo particular el sepulcro del siervo de Dios, porque se temía fundadamente alguna tentativa de sustracción.

Estos hechos solos revelan, más que cuanto pudiéramos decir, el sentimiento popular, y nos dan la medida del respeto, confianza y veneración con que fué considerado mientras vivió, y después de su muerte, el hombre prodigioso cuya historia escribimos.